

Todo un reto

Poesía. Ángel Borreguero no es un cutre, es un provocador nato que tiene varios ases escondidos en la manga; el primero y principal, una formación literaria solidísima

ENRIQUE
GARCÍA
FUENTES



Como si no hubiera tenido bastante con los sarpuillos que levantó 'Putitos' (El Sastre de Apollinaire, 2023) su puzante y provocadora ópera prima, recibida con entusiasmo por gente nada sospechosa como Alonso Guerrero («un libro donde el sexo es esencial, pero intrascendente, igual que los sentimientos o cualquier tipo de metafísica») o Juan Ramón Santos (refiriéndose a él como un libro que delataba «una capacidad extraordinaria para escribir, para construir imágenes sugerentes, inesperadas, impactantes, muy ricas, aunque se trate, en más de un caso, de una suerte de riqueza hedionda, que casi hace daño en los ojos»), Ángel Borreguero (Badajoz, 1996) dobla la apuesta con este 'Puer delicatus', y vuelve a endiarnos un muestrario sin anestesia donde pecas, semen, manchas, heces, granos, verrugas, ronchas y pústulas campan muy a su sabor.

Borreguero no es un cutre; es un provocador nato que tiene varios ases escondidos en la manga; el primero y principal, una formación literaria solidísima (graduado en Literatura General y Comparada, Máster en Investigación en Humanidades –sección de Estudios Clásicos–) que logra que nos quedemos siempre con la propuesta formal por encima de la chinchona cara del contenido. Ya juega el título elegido con esa pretendida ambigüedad, y cuando entramos de lleno en él nos descubri-

mos dentro de una película de John Waters pero más pasada aún de vueltas, aturdidos enseguida por las luces estroboscópicas, los neones impactantes y los estupefacientes colores chillones de una prosa tan rebotante de poesía malsana y lacerante como para lesionarnos los ojos mientras la música que suena a lata escupida por altavoces ebrios y un panorama de pesadilla calenturienta nos sobrecoge de arriba abajo.

Su primera obra fue saludada desde el propio prólogo por una Luis Antonio de Villena que en seguida se hacía cómplice de la propuesta; ahora es el nada suspicaz y siempre preclaro José Antonio Llera quien, desde ese mismo sitio, nos exhorta a participar de este desquiciado juego que Borreguero nos vuelve a proponer casi desde los mismos presupuestos previos, con lo que el prologuista extremeño acaba calificándolo como «especie de secuela» a la que hay

que aventurarse teniéndolos como muy bien puestos.

Con 'Puer delicatus', Borreguero al borde de doctorarse en Liser-gia y crecido como el pompis de un rubicundo angelote, se tira de cabeza a esta piscina calor torra que nos hace sudar con solo ver que brillan sobre ella nimbos de crema solar desleída conviviendo con gusanos platelmintos, donde flotan santones de la cultura, diálogos sin terminar, uñas mordidas y padrastrós sangrantes y donde el azulino en el que quizá quisiéramos refrescarnos, nos agobia porque nos remite al color y al calor de las siestas oprobiosas. Cargado de nuevo de la razón que confiere un bagaje cultural al que desafia y del que se mofa incluyéndolo como citas continuas en esta suerte de excitantes desvaríos, Borreguero no solo está repitiendo fórmula sino que se jacta de la turbida sensación que nos provoca esta continua suerte de provocaciones completamente salidas de madre. Y está claro, además, que no tiene empacho en retornar por sus fueros ahora ya con la tranquilidad de quien sabe que entre cubos de plástico de colores ácidos, sudor de bañador ya seco y apretado y granos, pústulas y desafecciones varias de cuerpos que mezclan olores agradables y hediondecas propias se encuentra en la mejor disposición como para nombrarse cronista de todas estas flatulencias que sin embargo no necesariamente dejan un fétido olor. Porque, como los bue-



PUER DELICATUS
ÁNGEL BORREGUERO

Editorial: El sastre de Apollinaire.
Madrid, 2025. 80 páginas. 13 euros



Ángel Borreguero. HOY

nos, nuestro poeta (¿por qué no?) ya cuenta con un territorio propio que gustará o no, pero que, desde luego él ya tiene bien conquistado y los límites y las lindes que le está colocando contienen la advertencia impresa contra todo aquel que no se atreva con desafueros tan originales. Allá cada uno.

Ahora bien, admitiríamos, y no niego que hasta que con indudable gogocijo, un tercer ángulo más que coronase esta especie de mausoleo móvil y casi vermífugo de padores que Borreguero parece

estar edificando (toda vez que las trilógias parecen contar con un prestigio indudable), pero ya es evidente que en él residen muchas mejores dotes como para desterrarlo únicamente a la condición de (si sólido) constructor de bestiaríos y repertorios de monstruos repelentes, aunque tan atractivos. Tocan más altos designios, creo, pues hay talento a espueñas, bagaje cultural bien asimilado, innata sabiduría y olfato avizor como para coronar con éxito empresas de mucho más alto fuste.

Tierra de nadie

En su segunda novela, Herbert Clyde Lewis redonda en el dibujo de la guerra como un incomprendible despilfarro

PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA

Conocimos a Herbert Clyde Lewis gracias a la recuperación de 'Un caballero a la deriva' (Periférica), una novela breve, original y llena de encanto protagonizada por un joven banquero que resbala en la cubierta de un transatlántico y cae al Pacífico, asumiendo la fatalidad con el único propósito de compor-

tarse y no causar escándalo. Aquella era la primera de las tres novelas que llegó a escribir Lewis, periodista y guionista de Hollywood que falleció en 1950, alcoholizado y con apenas cuarenta años, pasando directamente al olvido desde la lista negra del macartismo.

'Ofensiva de primavera' es su segunda novela. Su presupuesto recuerda al de 'Un caballero a la deriva', aunque el protagonista no es esta vez alguien tan integrado como un banquero, sino un joven de Indianápolis llamado Peter Winston que no encaja en ningún sitio. Poseído por un idealismo indistinguible de la pulsión suicida, se ha alistado con los británicos al

comienzo de la Segunda Guerra Mundial, un conflicto todavía ajeno a los Estados Unidos. Su destino es el frente de Francia.

Como la ofensiva alemana se retrasa y sus camaradas no son muy amistosos, Winston tiene una idea: adentrarse en la tierra de nadie para plantar algunas enredaderas que alegren las empalizadas de la Línea Maginot. El 'toque' Lewis es por supuesto que el ataque alemán comienza cuando el pobre Winston está en tierra de nadie con sus enredaderas. Es entonces cuando el tiempo narrativo se detiene y el protagonista se transforma en una especie de príncipe Andrei yanqui que ve pasar las nubes sobre el cielo de Austerlitz.

Hundido en el barro y bajo el fuego enemigo, entiende que todo es absurdo. La novela alterna la introspección amplificada en el



OFENSIVA DE PRIMAVERA
HERBERT CLYDE LEWIS

Traducción: Ángeles de los Santos.
Editorial: Periférica. 217 páginas.
19 euros

campo de batalla con capítulos que reconstruyen la vida del protagonista en Indianápolis y avanzan cómo transcurren las cosas allí sin él, subrayando su condición de pieza intercambiable. Todo redonda en el dibujo de la guerra como un incomprendible

despilfarro. Tras un comienzo tubeteante, el texto crece en su segunda mitad y se propulsa cuando comienzan a caer las bombas. El suave existencialismo irónico inicial se vuelve entonces un himno pacifista que excluye de un modo muy efectivo la proclama y el patetismo. Sucede porque Lewis es un escritor profundo y ligero en el que subyace una especie de honestidad inocente y desgarrada. También fue un escritor con mala suerte.

En una nota final, la traductora de la novela explica que 'Ofensiva de primavera' se publicó en 1940, cuando los alemanes atacaban Francia desde los Países Bajos, la Línea Maginot era superada sin problemas y la realidad sangrienta de la Segunda Guerra Mundial no dejaba un mínimo resquicio para un libro como este.